



■ YACIMIENTOS LITERARIOS

La plaza y el mercado observados por Plinio en el costumbrismo de García Pavón

Francisco García Pavón es un escritor y crítico literario nacido en Tomelloso en 1919 que fallece en Madrid en 1989. Su novela *Las hermanas coloradas* está protagonizada por Plinio, el jefe de la Policía Local de Tomelloso, un personaje creado por García Pavón que aparece en múltiples novelas y relatos cortos de este autor (más de veinte, incluidas recopilaciones), y que llegó a ser muy popular tras emitirse

en 1971 una serie de televisión centrada en las aventuras de Plinio, protagonizada por el actor Antonio Casal.

Las hermanas coloradas es, como todas las que tienen a Plinio como personaje central, una novela policíaca con tintes costumbristas, que en este caso obtuvo el premio Nadal en 1969. En la narración, dos hermanas pelirrojas, sesentonas y solteras desaparecen misteriosamente iniciando Plinio las indagaciones.

Desde la perspectiva comercial se han seleccionado en este yacimiento literario dos fragmentos. En el primero se hace referencia a la comercialización en origen de uvas para hacer vino o para su posterior venta. Don Lotario parece ser la pieza clave de este proceso.

En el segundo fragmento literario seleccionado se observa la importancia del comercio como

hacedor de la vida urbana. Se habla del mercado municipal, de la carnicería de Catalino, del motocarro del lechero, de la tienda de Ángel Soubrier... Un soberbio fresco de costumbres con una preciosa metáfora de la plaza como un escenario en el que se va representando la misma obra día tras día con escasas variaciones de divos y figurantes. ■

Francisco García Pavón (1970). *Las hermanas coloradas*. Editorial Destino. Páginas 14, 15 y 16.

Plinio, aplicado a su cigarro, contestaba a todos con monosílabos, medias sonrisas o moviendo la cabeza según convenía.

Las mujeres que barrían las puertas de sus casas paraban la escoba para dejarle paso. Como era lunes se veía mucho tráfico de remolques, camiones y motos. Todavía había algunos vecinos empleados en la limpieza de jaraíces y útiles de pisa, aunque ya la mayoría suelen llevar su fruto a la Cooperativa. El bullir de las calles en la prima mañana era claro, distante y de pocas palabras. Las calles al sol pueden más que los bultos y las sombras. Todavía no pesa la vida. A la anochecida todo el mundo va cargado de día y abulta más, suena más, es menos puro.

Manolo, el barbero más antiguo del pueblo -todavía hacía asientos de enea y tocaba la guitarra- que a aquella hora invariablemente colgaba las bacías de latón sobre la puerta de su Peluquería de caballeros, dijo a Plinio:

- ¿Vendiste las uvas o hiciste vino, Manuel?
- Las vendí.
- ¿A don Lotario, como siempre?
- Claro...- cortó sin apenas detenerse.
- Ése es muy buen paga y persona."

Se asomó luego a la ventana que daba a la calle del Campo y contempló a las gentes que iban y venían del mercado con sus cestas de mimbre bajo el brazo, o las bolsas de plástico pendientes

de la mano. El personal está tan afincado en sus horarios y rutinas, que Plinio sabía casi fijo quien iba a aparecer de un momento a otro por la calle Nueva, quién entraría en la carnicería de Catalino, con quién se pararía Jerónimo Torres y quienes saldrían, sin marrar, de la misa de ocho. La plaza, su plaza, era un escenario en el que todos los días se representaba la misma función con muy poca variación de divos y figurantes. Ahora llegaban los escribientes del Juzgado. Por la glorieta paseaban algunos empleados del Banco Hispano antes de entrar en la oficina.

Sonaba la bocina del motocarro del lechero. La criada de Julita Torres sacudía las alfombras...Y recordaba las cosas que en idénticos sitios ocurrían a la misma hora veinte años antes... Luis Marín padre fumaba el pito en la puerta de su casa antes de decidir a tomar camino. David abría la tienda de Ángel Soubrier. Aníbal Talaya se frotaba las manos junto a la puerta de El Brasil, el párroco don Eliseo salía de la iglesia camino de casa.

Clavado en la ventana con este devaneo de observaciones y cachos de recuerdo, estuvo Plinio hasta las nueve en punto, que se echó a la plaza, camino de la buñolería de su amiga y admiradora, la Rocío.

Allí, entre un grupillo de mujeres que se apañaban de churros, buñuelos y porras, en un rincón del mostrador, junto a la pared, mismamente en el lado de la cafetera, estaban ya Braulio el filósofo y don Lotario el veterinario."



Más Yacimientos literarios en www.mercadosmunicipales.es, dentro de la sección *Los mercados en la literatura*, dirigida y elaborada por **Javier Casares**, con ilustraciones de **Aurelio del Pino**.